

LOS "HISTORICOS"

EL Gobierno no está preocupado por la "reforma". Es una excepción en el país. Están preocupados por la "reforma" los que creen en ella y los que no creen. "El Gobierno ha examinado los escollos que se han presentado en las Cortes y el Consejo Nacional la última semana y ha encontrado la situación normal", dijo al salir del largo y quizá extraño Consejo de Ministros del viernes 18 —con salida inmediata del presidente a informar al Jefe del Estado— el portavoz habitual, señor Martín Gamero, ministro de Información y Turismo. "Todo va por lo mejor en el mejor de los mundos posibles", decía el doctor Pangloss, personaje de Voltaire —por cierto, ya se va pudiendo citar a Voltaire, a los casi discentos años de su muerte: progresamos— cada vez que sucedía una nueva desgracia. El optimismo panglosiano es una característica ya antigua del poder español. Y quizá, realmente, sea este el mejor de los mundos posibles: tal vez no haya, desde su óptica, posibilidad de mejora. Pero un Gobierno al que las Cortes han suspendido una reforma del Código Penal imprescindible para sostener una Ley de Asociaciones Políticas, un Gobierno al que el Consejo Nacional ha rechazado íntegramente el proyecto de Ley de Reforma de las Cortes, y que tiene montada una amplia ofensiva de la derecha en las mismas Cortes sobre ese proyecto de Ley —que ha sido ya rechazado por la izquierda íntegramente, sin mucha operatividad porque la izquierda no está representada en ningún organismo— y sobre el de la Ley Electoral que no está redactada, o terminada, no parece tener muchos motivos para asegurar que todo es normal, y que todo sigue adelante. La propia declaración del portavoz según la cual el Consejo de Ministros no había examinado nuevos temas de la "reforma" sería en sí inquietante. Como si, por ahora, no hubiera nada nuevo que hacer. Como si no urgiese. El Gobierno no nos ha obsequiado esta semana con nada nuevo en el terreno de la "democracia otorgada". No tiene nada que otorgar.

Ano ser la anulación del Día de la Victoria como fiesta oficial. Es una forma de borrar suavemente el recuerdo del final de la guerra civil, o de demostrar que no

hay unos españoles más victoriosos que otros. En el calendario. Suponiendo que esta idea prevalezca. Ya al final de un Consejo de Ministros se dijo que se suprimía el desfile de la Victoria y se cambiaba su nombre por el de Día de las Fuerzas Armadas. Unos días después se reponía el nombre de Victoria. Con el cual se celebró el desfile, y probablemente se celebrará en sucesivos años. No hay ninguna seguridad de que el 1 de abril no siga siendo "Día de la Victoria". Por otra parte, es una cuestión que va más allá de la nomenclatura del calendario. Se trataría de corregir una serie de datos que siguen informando la vida española. No es fácil, ni siquiera posible. La guerra civil y su resultado condujeron a una situación de cuarenta años que escapa en el "pasado actual" de todos. Forma unas tupidas entrañas de la misma vida nacional.

EN los que ganaron, y también en los que perdieron. Los cuarenta años de situación autocrática y de prolongación de unas circunstancias históricas —las de la victoria— han creado una serie de tabúes en la vida nacional. Uno de ellos es este de no enfrentarse mentalmente con los grandes problemas, de no debatir el fondo de las cuestiones, como hace el Gobierno cuando mantiene que no ha ocurrido nada anormal, y de no declarar cuántos y quiénes son los enemigos de la reforma. Otro es el mecanicismo lingüístico de llamar democracia, libertades o simplemente "reformas" a lo que es un mecanismo de continuidad. El Gobierno actual quiere hacer esta cuadratura del círculo que es la continuidad de un régimen al que han pertenecido todos sus miembros —y, por cierto, muchos de la oposición— con entusiasmo y colaboración y, al mismo tiempo, hacer un régimen distinto, recogiendo y remozando lo prohibido en aquél. Lo prohibido por ellos mismos, por estos ministros y estos procuradores o consejeros de ahora. Su tarea es absolutamente imposible.

PERO en la oposición se está advirtiendo una congelación de pensamiento que procede de las mismas circunstancias de la guerra civil, de la derrota, del exilio, de las cárceles, de la clandestinidad. No deja

de ser curioso que los motores principales de la movilidad de la oposición sean personajes tránsfugos del antiguo régimen, y del aún más antiguo. Tienen quizá la ardiente fe de los conversos. No están ligados a antiguas rencillas, a viejas acusaciones mutuas. Los partidos y personalidades de la izquierda habían llegado a unos acuerdos precarios en febrero de 1936 —el Frente Popular— que les había dado una situación de poder por vía electoral: dentro de esa poder se enfrentaban entre sí, y no dejaron de enfrentarse mutuamente durante todos los años de la guerra civil, hasta producir guerras dentro de la guerra y a ocasionar pérdidas morales y materiales, con su división, en la misma guerra general que perdieron todos al mismo tiempo; las mantuvieron, repetimos, en la clandestinidad y en el exilio. No han sido capaces de superar esa situación. No han aprendido ninguna lección, y no puede imaginarse otra más dura que la larga derrota en la cual todavía están. Resulta inconcebible ver cómo las traslada a esta situación en la que están gozando de una libertad precaria, en la que todavía sus militantes son encarcelados y sus actos prohibidos. Una de las más lamentables muestras de esta desunión es la que están dando las centrales sindicales, cuyos afiliados aún lo son clandestinamente y expuestos a toda clase de represalias, laborales y policíacas. Dos sindicatos de base y tradición, que han vertebrado la acción laboral española durante muchos años, la UGT y la CNT, anarquista éste, socialista aquél, sin tener mucho de común entre sí se enfrentan a su vez con otra central sindical de creación clandestina, Comisiones Obreras, que sería de orientación comunista en el mismo sentido que la UGT estaría orientada por el partido socialista y la CNT por la Federación Anarquista Ibérica. Entrar ahora en el tema de "quien tiene razón" sería tanto como entrar en la polémica abierta, y hecha pública con fruición por los órganos habituales del patronato. Y porque en realidad es una información de primera importancia. La izquierda, al menos demuestra que no cae en ese tabú de la ocultación de los problemas, de la sordidez de la información y del secreto de gabinete: mejor es que dispute al aire libre: todo lo libre que puede ser



Una de las más lamentables muestras de desunión es la que están dando las centrales sindicales, cuyos afiliados aún lo son clandestinamente y están expuestos a toda clase de represalias. A pesar de lo cual, la izquierda demuestra, al menos, que no se en ese tabú de la ocultación de los problemas, del secreto de gabinete. En la foto, representantes de las tres centrales sindicales y de los empresarios durante su reciente reunión en el Euroforum.

el aire en este país. Lo peor es que tenga esos motivos de discusión. Las centrales sindicales parecen tener un principio de acuerdo sobre el tema que ha sido continuo tema de discordia dentro del obrerismo desde que aparecieron los primeros gremios: la unidad sindical. Lo que cada una parece querer conquistar ahora es la hegemonía sobre los demás dentro de ese movimiento unitario. Luchar por la piel del león antes de haber cazado al león es algo que ya ridiculizaron los fabulistas o los moralistas. En los aspectos meramente políticos, ideológicos y tácticos, los grandes partidos han llegado ya a una coordinación, con bastante fragilidad, pero con muchas posibilidades de funcionar. Es lamentable que mientras siga funcionando a ese alto nivel de decisiones comunes, se vaya rompiendo por el extremo sindical. Donde precisamente los objetivos a alcanzar, que son los espuestos por las reivindicaciones de la clase obrera —en el amplio sentido que tiene la palabra obrero en una sociedad como la actual— harían más fácil el hallazgo del acuerdo.

EL arrastre del inmovilismo en las filas de los vencedores, de los que quieren conservar todo lo que ganaron y han ido ganando, se comprende más fácilmente que en las de aquellos que todo lo perdieron y que no tienen ahora más que posibilidades. El sentido de estas polémicas y rencillas aparece totalmente absurdo a los demócratas que se han ido formando en estos años: no acaban ni siquiera de comprender el apelativo de "histórico" de ciertas ramas de los partidos. Y no nos referimos con esto al socialista, que es donde más se escucha el ca-

rácter de "histórica" de una de sus ramas, sino a todos, porque en todos figura de alguna manera una forma de pensamiento que no es la que corresponde a la acción en estos momentos. No hay lugar para la historia.

QUE se debata con ella la derecha, si quiere. Lo que se ve en esta derecha dominante del país como defecto, como error, no puede ser asumido por sus espectadores y oponentes. La derecha cree que llegó a un grado de perfección determinada a raíz de su victoria y de las sucesivas etapas de consolidación de su régimen: es incapaz de observar que precisamente las modificaciones que produjo en el país han ido alterando la estructura social, al mismo tiempo que se producían otras alteraciones mecanicistas debidas a muy distintos factores: la acción permanente de la clandestinidad; el trabajo inagotable de los intelectuales tratando de movilizar el pensamiento en un sentido más abierto; la percusión de los avances tecnológicos y científicos; las etapas históricas mundiales hacia la democracia (derrota del nazismo, guerra fría, superación de la guerra fría); la intercomunicación de todo orden en el que no es posible el aislamiento ni las formas autárquicas; la inclusión en una de las dos grandes zonas de influencia mundial; la creación de nuevas clases... Haría falta un largo inventario que sin duda está en la mentalidad de todos. La derecha fracasa porque sus propios mecanismos de defensa están tan hipertrofiados, tan exagerados, que forman como una coraza en torno a ella e impiden su crecimiento. No tienen más doctrina que el pasado. Que la izquierda repita ese modelo

desde la derrota antigua y simule de nuevo algunas de las causas de esa derrota es algo que puede resultar trágico.

EL Gobierno está fracasando porque representa esa derecha de defensas excesivas encerrada en su caparazón que no la deja desarrollarse. El Gobierno no sabe convencer a sus propios miembros, a sus correligionarios, de que cambien sus líneas de defensa. No puede apoyarse en la izquierda porque la sigue considerando como su enemiga: lo que le está queriendo otorgar es un sistema para que colabore desde la oposición, para que se pliegue a aceptar algo que no existe. Son la derecha, sin la izquierda, ¿dónde va el Gobierno? No es, desde luego, un centro. Un centro es un equilibrio, y este Gobierno no está equilibrado. Está roto por fuera y por dentro.

POR eso se multiplican los rumores de crisis. Sigue escondiendo este Gobierno su cabeza bajo el ala, y dice —por su portavoz— que no ha oído nada, que sólo sabe lo que dicen los periódicos. O no tiene información real de la vida española, y está de sobra, o no quiere enterarse y hacer frente a la situación. Y está de sobra. Los rumores hablan de un "regreso de los tecnócratas". Es un eufemismo para hablar de la posibilidad de que el Opus Dei —con sus destacados y nunca perdedores López Bravo, López Rodó— volviese a gobernar, con alguna coalición de ese tipo. El Opus Dei ha gobernado ya con mucho apego a la autocracia, que está en sus líneas fundamentales. Su sistema económico y político —aunque tenga muy ilustres miembros disidentes— quizá fuese el mismo de antes, pero adecuado a las nuevas circunstancias. Su plasticidad es considerable.

A pesar de esa adecuación a la autocracia, no sería un Gobierno más conservador que el actual. Quizá su línea de modernización le permitiera inclinarse más hacia el reformismo. Lo que no se ve es la utilidad de la operación —utilidad desde un punto de vista nacional, desde un punto de vista que podría ser el del Jefe del Estado—. Lógicamente, este Gobierno actual debería terminar su menguada labor y desaparecer; quizá lo que deje atrás permita que otros vayan un poco más adelante. Presionados por las circunstancias. Una operación de crisis gubernamental en estos momentos no tendría gran sentido. Lo único que tendría sentido, por decirlo una vez más, sería la apertura de un período constituyente con elecciones libres y participación de todas las fuerzas reales de la nación.

No aparece en la perspectiva inmediata.